

CARTA PASTORAL A LOS HERMANOS

ASOCIADOS AL DIOS DE LA VIDA

Nuestra vida de oración

Hermano Álvaro Rodríguez Echeverría, FSC
Superior General
25 de diciembre de 2002

25 de diciembre de 2002
Natividad del Señor

Queridos Hermanos:

“Doy gracias a mi Dios cada vez que me acuerdo de ustedes, y siempre que rezo por todos lo hago con alegría... En cualquier circunstancia recurran a la oración y a la súplica, junto a la acción de gracias, para presentar sus peticiones a Dios. Entonces la paz de Dios que es mucho mayor de lo que se puede imaginar, les guardará su corazón y sus pensamientos en Cristo Jesús” (Fil. 1,3-4; 4,6-7).

En estos días navideños, que despiertan en nosotros el deseo de compartir con las personas que amamos lo mejor de nosotros mismos, como el Padre lo hizo al enviar a su Hijo al mundo, no puedo encontrar otro don mejor para compartir con ustedes, mis Hermanos, que esa *paz de Dios que es mucho mayor de lo que se puede imaginar.*

Pero la paz, según San Pablo y como lo podemos ver en la primera parte de este texto, es consecuencia y

fruto de una vida centrada en Dios a través de una oración continua, de súplica, acción de gracias, petición, que permita que nuestros corazones y pensamientos encuentren su plenitud en el Señor Jesús. No cabe duda, por consiguiente, que estamos asociados al Dios de la vida, al Dios que en Jesucristo vino a darnos vida y vida en abundancia (Jn 10,10), como le gustaba recordar al Fundador (Meditaciones 45,1; 112,3; 196,3; 201,3). Éste será el tema de la presente Carta Pastoral.

Ante el año que termina.

El final de un año es un tiempo favorable, un verdadero “kairós” para mirar hacia adelante. Ciertamente debemos mirar hacia el pasado, con agradecimiento por la acción de Dios en nuestras vidas y en la vida del Instituto. En este sentido compartiré ahora con ustedes algunas de las experiencias que a nivel personal más me han impactado, pero invitándolos sobre todo a mirar con confianza el futuro. Como expresaba muy bien Karl Rahner al hablar del Adviento: *“Con demasiada frecuencia y sobrada ligereza nos sumergimos en lo que denominamos el presente... Pero si no miramos hacia el futuro, en rigor no sabemos cuál es el significado y el objeto del quehacer presente. Adviento nos convoca a que miremos el futuro y planifiquemos algo para pasado mañana, con la plena convicción, de que si nuestro proyecto para el próximo futuro debe tal vez fracasar*

sar, sin embargo, hemos sobrevivido al futuro inmediato con valentía, frente a la resignación miope y hemos demostrado que tenemos fe en el eterno futuro de Dios”.

Viaje Pastoral a África.

Durante casi tres meses y en tres diferentes etapas he visitado con el Hermano Yemanu, Consejero General, todos los distritos, subdistritos y delegaciones de la RELAF a excepción de Madagascar, debido a la situación política del momento. Han sido 12 países en los que los Hermanos y colaboradores realizan un bien enorme en favor de los niños y jóvenes. África nos hace tomar conciencia de que somos un Instituto internacional, pluriétnico y pluricultural. Estas diferencias enriquecen nuestro carisma que no puede ser leído a partir de una sola cultura.

África representa para nosotros una gran esperanza. Junto con América Latina es la Región que cuenta con más Hermanos jóvenes y formandos. Naturalmente, hay también muchos desafíos, provenientes muchos de ellos de la etapa de crecimiento y consolidación que se vive. Quiero agradecer a los Hermanos venidos de otros países que han hecho posible con su espíritu misionero y su entrega generosa el desarrollo que hoy vivimos. No me gusta el término *expatriados* con el que muchas veces se les califica, porque indica lo que dejaron. Me gustaría más bien un término, no sé cuál,

que expresara lo que han encontrado y ha marcado profundamente sus vidas.

Y a los Hermanos africanos quisiera decirles con la Regla, que deben sentirse como *los primeros responsables de la inculturación en su propio medio de vida* (R. 18b). El esfuerzo mayor, me parece, lo debemos centrar en un adecuado discernimiento vocacional, en dar una prioridad efectiva a la formación inicial y a la formación de formadores nativos, una respuesta creativa a las ingentes pobrezas del continente a través de nuestro carisma de educación cristiana. Espero que la situación en Costa de Marfil que han sufrido directamente los Hermanos de nuestra comunidad de Daloa encuentre una pronta solución y no afecte a nuestro Escolasticado ni al CELAF.

Encuentros con Jóvenes Lasallistas.

He tenido la gracia de encontrarme en dos momentos con grupos internacionales lasallistas. En el mes de diciembre pasado participé, en Sidney, Australia, en el Sexto Encuentro de Jóvenes Lasalianos organizado por la PARC (Asia, Pacífico). Había 180 jóvenes provenientes de países de muy diversa cultura y religión como Japón, Tailandia, Sri Lanka, Filipinas, Singapur, Australia, Papua Nueva Guinea y Nueva Zelanda. Particularmente dos cosas me impresionaron en este Congreso. Primero, el ver cómo jóvenes de tantos países, culturas y hasta religiones diversas

se encuentran identificados con los valores lasalianos de fe, fraternidad y servicio, en los que encuentran un sentido para sus vidas, y, en segundo lugar, y sobre todo al final del encuentro, el deseo de todos de hacer algo por los demás y la pregunta muchas veces repetida: ¿Qué podemos hacer?

Una experiencia parecida viví más recientemente en Quebec, Canadá, durante el Simposio Internacional de jóvenes lasalianos. Este encuentro realizado del 12 al 17 de julio, tenía una doble finalidad. Por una parte, ver la posibilidad de crear un Movimiento internacional de Jóvenes Lasallistas, y por otra, compartir experiencias de fe, fraternidad y servicio vividas en las distintas regiones del Instituto. Participaron unos 145 jóvenes y acompañantes provenientes de más de 20 países. De nuevo, la experiencia de fraternidad, así como el deseo de hacer algo significativo por los más pobres y necesitados fue evidente.

Actualmente, con la coordinación del Hermano William Mann, Vicario General, se están dando los pasos para la constitución de un Comité Internacional de Jóvenes Lasalianos. Quisiera añadir el impacto tan positivo que tuve al conocer personalmente a algunos jóvenes voluntarios norteamericanos en mi reciente visita a Nueva York. Tengo una profunda admiración por ellos y por lo que hacen, particularmente en la Asociación de las Escuelas San Miguel.

Personalmente, estoy convencido de que los jóvenes representan hoy para el Instituto una gran fuerza y que si queremos asegurar el futuro de nuestro carisma, debemos tener la capacidad de atraerlos a vivir nuestra vocación o a formar parte de nuestra asociación en sus diversas posibilidades.

Un aniversario para recordar.

El 13 de febrero de este año hemos recordado el 20º aniversario del martirio del Hermano Santiago Miller. Habiéndolo conocido durante el tiempo que trabajó y murió en Guatemala, su recuerdo tiene para mí una connotación muy especial. El Hermano Santiago, como los otros mártires del Instituto, nos recuerdan que los niños y jóvenes que Dios nos ha confiado nos deben llegar tan profundamente al alma que debemos estar dispuestos, como nos dice el Fundador, a dar la vida por ellos.

En una de sus últimas cartas, en la que presentaba sus votos para el nuevo año 1982 a una familia amiga, les decía: *“Dios sabe por qué sigue llamándome a Guatemala, cuando algunos amigos y parientes me animan a dejar este trabajo en aras de mi comodidad y seguridad. He sido Hermano de La Salle por cerca de veinte años y el compromiso de mi vocación se ha fortalecido en el contexto del trabajo en Centroamérica. Pido a Dios su gracia y su fuerza para servirlo fielmente con mi presencia entre los*

pobres y oprimidos de Guatemala. Confío en su providencia y pongo mi vida en sus manos". Que estas palabras animen nuestra propia entrega y en particular la de aquellos Hermanos que están viviendo situaciones políticas difíciles.

Gabriel Drolin y nuestra presencia en Italia

Otro importante aniversario ha sido el tricentenario de la llegada del Hermano Gabriel Drolin a Roma. Los Hermanos y la Familia Lasaliana de Italia lo han celebrado con especial relieve. Y posiblemente el acto más significativo fue el encuentro de la Familia Lasaliana Italiana con el Papa, el día de su cumpleaños. El Aula Paulo VI con más de 7.000 lasalianos fue el marco de este inolvidable encuentro.

El Papa en su alocución, entre otras cosas nos dijo: *“Los veintiséis años pasados en Roma por el Hermano Gabriel, como único exponente del Instituto, constituyen una lección de su fidelidad total a su vocación religiosa y educativa. Son un ejemplo de profundo espíritu religioso y de sano realismo en afrontar los imprevistos y fatigas de cada día. Por eso el Hermano Gabriel es un modelo al que debemos mirar hoy con admiración, porque la fidelidad al carisma y a la misión lasaliana exigen siempre coraje y ánimo intrépido y a toda prueba. Las obras educativas lasalianas siguen siendo un recurso providencial para el bien de la juventud, de la*

Iglesia y de toda la sociedad. Por esto, la fidelidad al carisma necesita más que nunca de nueva inspiración y creatividad, para poder responder, de modo adecuado, a las necesidades del mundo de hoy”.

Las innovaciones educativas

El Papa al afirmar que las obras educativas lasalianas siguen siendo un recurso providencial, nos invita a vivir nuestro carisma con “*nueva inspiración y creatividad*”, y éste es precisamente el tema de la campaña para este año, tal como aparece en nuestra Circular 448: *Hacia el año 2007*, página 29.

Sabemos muy bien que muchas veces el sistema educativo, se ha inclinado más por la tradición que por la innovación. Hoy, debemos superar esta tendencia, dando más fuerza a nuestra capacidad de inventar, de crear, de innovar, porque lo que está en juego es el futuro del ser humano y su supervivencia. Es importante, no conformarnos con la tendencia innata de reproducir estructuras, sino más bien el buscar cómo modificarlas y mejorarlas, principalmente aquellas estructuras que aseguren un mundo más justo, una sociedad más participativa y una vivencia más radical de los valores cristianos.

A lo largo de nuestra historia, las necesidades de los jóvenes han despertado siempre la capacidad creativa de las respuestas lasalianas. Por eso, la primera

condición para innovar es conocer y amar la realidad en la que vivimos con sus luces y sombras, sus más y sus menos. Este contacto con la realidad nos debe llevar en segundo lugar a transmitir un conocimiento que no se contenta con los contenidos, sino que da prioridad a la capacidad de búsqueda, conscientes de que es más importante ayudar a los jóvenes a encontrar un sentido a sus vidas, que llenar sus cabezas de ideas; a tener la capacidad de seguir aprendiendo, que saber mucho. Y finalmente, debemos tener el ingenio de hacer que nuestros alumnos se comprometan en la construcción de un mundo mejor, a partir de un profundo espíritu de solidaridad.

La educación lasaliana, por consiguiente, debe estar muy atenta a las situaciones que hoy vivimos, y especialmente a la defensa de los Derechos del Niño, que debe ser una característica de la Familia Lasaliana en su conjunto; al fenómeno de la globalización, que nos debe hacer muy sensibles a aquellos que van quedando excluidos y a las nuevas pobrezas; a la transmisión de la fe en base a una sólida antropología cristiana, abiertos a un diálogo ecuménico e interreligioso, marcado por el respeto y la tolerancia.

Pastoral Vocacional

En los primeros días de noviembre tuve la oportunidad de participar en Madrid en un Encuentro de Pastoral Vocacional organizado por la ARLEP. Este

encuentro ha sido preparatorio al que se tendrá a nivel europeo en noviembre del 2003. Esto me da ocasión de recordar lo que se aprobó en nuestro 43º Capítulo General: *“Que cada Región del Instituto por su cuenta o en unión con otras, organice y realice un Encuentro Lasaliano de Pastoral Vocacional en el año 2003...”* (Propuesta 26).

Creo que todos somos conscientes de que el tema de las vocaciones es un tema vital para nosotros. Pero creo que lo principal no es la supervivencia, el no morir. Lo fundamental es responder a las necesidades crecientes de los pobres y de los jóvenes, responder con fidelidad a sus llamadas. Ellos son nuestra razón de ser. Por eso, estoy seguro de que todas las Regiones tomarán muy en serio la preparación y realización de este importante Encuentro. Sabemos, por ejemplo, que las Regiones de RELAL, USA-Toronto y Canadá francófono están ya preparando la realización conjunta del mismo.

El Congreso europeo de las Vocaciones celebrado en 1997 recogía la invitación del Papa a dar un salto cualitativo en la Pastoral Vocacional. Y en este sentido nos decía: *“Es tiempo de que se pase decididamente de la “patología del cansancio” y de la resignación, que se justifica atribuyendo a la actual generación juvenil la causa única de la crisis vocacional, al valor de hacerse los interrogantes oportunos y ver los eventuales errores y fallos a fin de llegar a*

un ardiente nuevo impulso creativo de testimonio”
(*Nuevas vocaciones para una nueva Europa*, 13).

Con el fin de ayudar a la preparación y reflexión sobre este tema, enviaré en los próximos meses un texto personal en base al que presenté en el Encuentro de la ARLEP.

Declaración del Consejo General

En el mes de septiembre, al inicio de nuestro tercer año de servicio, los Hermanos del Consejo General realizamos una reflexión sobre el ministerio de animación llevado a cabo e hicimos una declaración que ya ha comenzado a ser compartida a nivel de todo el Instituto y que lo seguirá siendo en los próximos meses.

Es un acto de fe en la vida ante la invitación del Dios de Israel: *Escoge la vida, para que vivas tú y tu descendencia* (Dt 30,19). Y por eso reafirmamos nuestra firme convicción acerca de la relevancia en el mundo de hoy de la Misión lasaliana de educación humana y cristiana, de animar iniciativas innovadoras en favor de los jóvenes en situación de riesgo y las necesidades urgentes de los pobres, de la importancia y la gran necesidad en el mundo de hoy de las comunidades de Hermanos, de comunidades educativas lasalianas, de comunidades de Asociados, de comunidades de Hermanos y Asociados que vivan juntos,

que ofrezcan signos de comunión gozosa y espacios sagrados de acogida y disponibilidad.

Esperamos que estas convicciones puedan ser compartidas en primer lugar, por ustedes, Hermanos y por todos los que participan del carisma lasaliano, conscientes de que juntos y utilizando la fuerza, la fe y la vitalidad de cada uno es como podremos realizar la misión que Dios nos ha confiado.

ASOCIADOS AL DIOS DE LA VIDA

Nuestra oración hoy

La vida de oración del Hermano hoy.

Nuestra vocación de Hermanos nos asocia al Dios de la vida, manifestado en Jesucristo, para continuar su obra salvadora. Es aquí donde debemos situar nuestra oración. Como nos dice el Fundador: *“Ustedes ejercen un empleo que los pone en la obligación de mover los corazones; y no pueden conseguirlo sino por el Espíritu de Dios. Pídanle que les conceda hoy la misma gracia que otorgó a sus apóstoles, y que después de haberlos colmado de su Espíritu para santificarlos, se lo comunique también para procurar la salvación de los demás”* (Meditación 43,3).

Del 17 al 22 de junio de este año, los jesuitas tuvieron un encuentro sobre la renovación litúrgica en nuestra Casa Generalicia. Al final del mismo, los participantes pidieron al Padre Kolvenbach que escribiera una carta sobre la liturgia en la que insistiera en la necesidad de dar una mejor formación en este campo a los jóvenes jesuitas. El Prepósito General, con el fino humor que lo caracteriza, respondió a dicha demanda manifestando su sorpresa y diciendo: Me encanta ver que hay todavía jesuitas que creen en la eficacia de

una Carta del General. (Cf. *National Catholic Reporter*, 5 Julio 2002, pág. 7). Con la misma esperanza, Hermanos, les escribo esta Carta con la certeza de que todos estamos convencidos de la importancia de la oración en nuestras vidas y para dar vida.

1. Nuestro mundo y la oración.

Nadie duda que estamos viviendo en un mundo en mutación. No pretendo hacer una descripción de los cambios que estamos viviendo y de los cuales somos protagonistas o receptores. Me fijaré simplemente en algunas características de nuestra realidad hoy, porque me parece que al hablar de la oración debemos partir de *los signos de los tiempos*, siempre ambiguos, pero que nos manifiestan los caminos insondables de Dios.

Vivimos hoy en un mundo que nos seduce no tanto por los grandes relatos que nos presenta, sino por las sensaciones que cotidianamente nos ofrece. Todos conocemos las posibilidades de la tecnología moderna a través de las imágenes y sonidos. Al mismo tiempo, no debemos olvidar que cuando Dios se hizo carne en Jesús, la máxima expresión de su presencia, se nos comunicó a través de los sentidos: “*Lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que hemos contemplado y han palpado nuestras manos... se lo comunicamos...*” (1 Jn. 1,1-2).

La contemplación nos permite, a su vez, por un lado, tomar distancia de esas sensaciones, purificarlas y situarlas en su verdadero valor y por otro, entrar en ellas para descubrir la presencia misteriosa de Dios por medio de los ojos de la fe como nos invita repetidamente el Fundador. Además, podemos ver en esta realidad una llamada a redescubrir el lenguaje narrativo de una fe que nace de unos acontecimientos salvíficos. Ante los excesos de un lenguaje discursivo, que a lo mejor, ha sido, también, el de nuestra oración, ¿no será esto una llamada a una sensibilidad contemplativa que parte de la vida, se deja interpelar por los sentidos y descubre a Dios en lo cotidiano?

Vivimos en un mundo en el que la vida se ha acelerado y en donde la eficacia es prioritaria. Podemos comunicarnos casi al instante con todo el mundo, las relaciones se multiplican, el trabajo nos exige ritmos frenéticos, las comidas son rápidas, los compromisos múltiples, los movimientos en las “bolsas” se realizan en segundos, viajar de un continente a otro es cuestión de horas, los inventos y las modas se suceden... Esto facilita, ciertamente, la solución de muchos problemas pero nos puede llevar a responder a lo urgente olvidando lo importante. La oración es una llamada de atención que nos ayuda a sintonizar el tiempo de Dios, que es el tiempo de lo esencial, del amor, de la escucha, de la relación personal tranquila, de la hondura espiritual, de la gratuidad.

Como nos dice el jesuita Benjamín González Buelta: *“El valor de la eficacia como dimensión fundamental, se puede trasladar a otras dimensiones de la vida, incluida la dimensión apostólica. Puede privarnos de la dimensión de la gratuidad, que, sin negar la necesidad de buscar la eficacia en todos nuestros trabajos, nos puede despojar de algo que va mucho más allá y toca las profundidades más hondas del ser humano. El amor, la amistad, el sacrificio por otras personas sin asegurar nada a cambio con ningún contrato, son decisivos para la relación con Dios y con los demás. No existe una vida verdaderamente humana sin gratuidad”* (Orar hoy, Diakonía, enero-marzo 2002, págs. 52-53).

Vivimos hoy la globalización, un mundo sin fronteras, abierto al intercambio cultural y al diálogo interreligioso, en el que los rostros se hacen cercanos y hay más tolerancia, pero en el que paradójicamente las guerras se multiplican, la lucha contra el terrorismo es prioritaria y las políticas migratorias se endurecen. Vale la pena preguntarnos qué puede significar esto para nuestra oración. Creo que es una invitación a ampliar sus horizontes, a no dejar a nadie fuera, a contemplar con respeto las diferencias que nos complementan y enriquecen, a sensibilizarnos con el querer de un Dios, que como nos recuerda el Fundador, *quiere que todos se salven*.

Vivimos en un mundo que favorece el individualismo y el intimismo. Por un lado, estamos pasando según varios autores del homo faber al homo ludens, de Prometeo a Narciso, del hombre económico al hombre festivo para el cual lo principal no es trabajar sino disfrutar. Basta echar una mirada a ciertas psicologías modernas para descubrir que el centro debe ser el yo. Freud nos habla de la satisfacción de los deseos, Maslow, de la autorrealización mediante la satisfacción de las necesidades primarias, Adler de la afirmación del propio papel y superioridad en la confrontación con los otros.

No cabe duda que uno de los grandes méritos del mundo de hoy es la importancia dada al yo personal. Pero sabemos que se trata de un valor relativo, porque según el Evangelio “*el que busca su vida la pierde y el que la pierde la encuentra*” (Mt. 16,25). El desafío permanente es descentrarnos de nosotros mismos para centrarnos en Dios y en su plan de salvación en favor de la humanidad. Paradójicamente, sabemos que éste es el camino de una plena realización. Siempre me ha llamado mucho la atención este pensamiento del Fundador, en una Carta escrita pocos meses antes de su muerte, invitándonos a seguir este itinerario: *Me parece que lo único que debo pedir a Dios en la oración es que me descubra lo que Él exige de mí y me ponga en la disposición que me quiere* (Carta 5).

Al mismo tiempo, esta búsqueda del propio yo que caracteriza nuestro mundo, puede ayudarnos a recordar el papel central que en la oración debe tener la persona, el cara a cara con Dios en la intimidad de nuestro ser único e irrepetible. Nuestra tradición lalsaliana ha dado mucha importancia, y con razón, al aspecto comunitario de la oración, pero esto no debe hacernos olvidar que la oración tiene una dimensión personal, que me parece, no siempre hemos desarrollado adecuadamente. Lo expresaba de una manera muy hermosa el 42° Capítulo General: *“Creemos que nuestra relación con el Dios de Jesucristo no se deja programar; que nuestras historias y nuestros caminos espirituales son variados y que la conversión y el progreso espiritual dependen del misterio entre Dios y la persona de cada uno de nosotros”* (Circular 435, pág. 52).

2. La oración en el pasado reciente del Instituto.

En el Instituto tenemos una larga tradición en relación con nuestra vida de oración. La historia de santidad de tantos de nuestros Hermanos y las invitaciones hechas durante más de trescientos años por Capítulos Generales, Circulares, Cartas Pastorales y eventos especiales así lo manifiestan. Quiero fijarme únicamente, y no de manera exhaustiva, en lo que hemos vivido en este campo a partir del Capítulo General de 1966-67.

En 1971 el Hermano Charles Henry enviaba una circular a cada Hermano sobre *Nuestra vida de oración*, solicitada por la reunión intercapitular de Visitadores. Se trataba de una interpretación y un comentario al capítulo X de la Regla y al hacer la presentación del mismo, nos decía: “*Como el Fundador debemos considerar siempre la oración como una vida. Vida que pretende que Jesús viva en nuestro corazón para llevar su mensaje liberador a los jóvenes de hoy. Esta vida debe alimentarse. Esta vida debe comunicarse. Esta vida tiene necesidad de desarrollarse. Y esto, tanto comunitariamente como personalmente*” (Circular 395, pág. 5).

En la Circular sobre *Nuestra vida comunitaria* de 1979, el Hermano José Pablo Basterrechea y su Consejo dedicaban un Capítulo a La Vida de Oración del Hermano. Como las Circulares de esta década, era un comentario a las proposiciones aprobadas por el 40° Capítulo General. En la parte dedicada a la oración se hacía una invitación a vivir con coherencia nuestra vocación de Hermano y afirmaba: “*No se decide uno a rezar a raíz de un discurso convincente: se reza como se ama, cuando uno abre los ojos sobre Dios, sobre los jóvenes que se nos confían, sobre nuestros Hermanos, sobre el mundo que hay que salvar... Hay que salir de sí y caminar como los discípulos de Emaús*” (Circular 410, pág. 66). Y en su Carta Pastoral de 1984 nos invitaba a tomar a Dios en serio: “*En los proyectos personales como en el*

proyecto comunitario, no siempre se ve claramente que Dios sea el centro y objetivo focal, que la obra en que nos vemos empeñados sea vista como suya y que de Él dependa el éxito real y el sentido exacto de cuanto emprendemos” (pág. 13).

El Hermano John Johnston dedicó su Carta Pastoral de 1990 al tema de la Identidad y la Oración como elementos inseparables en la vida del Hermano. Se define al Hermano en la segunda parte de esta Carta como hombre de oración. Oración que debe ser **“acrecentamiento de la conciencia de la presencia amorosa del Señor y de nuestra presencia ante Él”** (pág. 24). Pero al mismo tiempo el Hno. John nos hace ver cómo la enseñanza del Fundador sobre la oración insiste en su vinculación con la vida: *“La Salle instó a los Hermanos a ver la relación entre su oración y su servicio diario a los jóvenes. Debían presentar sus experiencias al Señor y les mandó interceder por aquellos “confiados a su cuidado”* (pág. 31).

Me parece que el mensaje de nuestros tres últimos Superiores Generales es muy claro. Cada vez nuestra Oración es considerada en la perspectiva de nuestra vida y nuestra realidad, como elemento integrador de las tres dimensiones que nos constituyen como Hermanos: nuestra consagración a Dios, nuestra misión apostólica, nuestra vida comunitaria.

Tres acontecimientos vividos en estas últimas déca-

das me parecen muy significativos en lo relativo a nuestra vida de Oración. Me refiero al Simposio de la Oración de 1980 con ocasión del Tricentenario del Instituto, al Año dedicado a la Oración en 1995 respondiendo a una propuesta del 42º Capítulo General y a la publicación del *Cahier Lasallien 50* en 1989. Tuve la gracia de participar activamente en los dos primeros, como miembro del Simposio y en la elaboración del material de apoyo por el Consejo General para el Año dedicado a la Oración.

El Simposio fue para mí una experiencia inolvidable que me ayudó a descubrir mejor la riqueza de nuestra oración lasaliana vista desde distintas culturas y sensibilidades. Me parece que el Credo que entonces elaboramos sintetiza muy bien la riqueza descubierta. Es un acto de fe en la oración como don y arte; una invitación a re-examinar la calidad de la presencia de Dios y del pueblo al que servimos en nuestras vidas; una llamada a compartir nuestra oración a partir de nuestra propia pobreza; es reconocer la oración como imperativo existencial personal sin olvidar su dimensión comunitaria; es iluminar nuestra vida con la Palabra de Dios; es descubrir que nuestro ministerio nos impulsa a la relación directa y permanente con ese Dios por quien trabajamos y que da sentido a nuestra actividad apostólica.

El 42º Capítulo General había propuesto 1995 como un año dedicado específicamente a la vida de oración

del Hermano y el Consejo General preparó un rico material para ser utilizado a lo largo del año. En la presentación del mismo se expresaba lo siguiente, que me parece resume la finalidad que se buscaba: *“Hablar de oración es descubrir que cuando el Espíritu dice en mí, Padre, me hace hijo amado y valioso. La oración es creer en mí mismo. Es descubrir que no puedo decir Padre, si no soy fraterno y solidario. Orar es tener capacidad de donación y entrega. Es potenciar mi ser de Hermano. Pero honestamente, sabemos que no siempre es así. No siempre tenemos presente a Dios. Experimentamos, a menudo, la tensión entre nuestro trabajo y la oración; entre ciertos valores negativos que el mundo nos presenta y nuestras estructuras de fe. No siempre la oración es para nosotros una convicción profundamente motivadora, como tampoco, algunas veces, encontramos el apoyo comunitario tan necesario en nuestra búsqueda del Señor”*. Siete años después me parece que este texto tiene plena vigencia para nosotros.

Finalmente, quisiera terminar este recorrido histórico parcial recordando la nueva versión de la Explicación del Método de Oración con notas y comentarios de los Hermanos Michel Sauvage y Miguel Campos, publicada como Cahiers Lasalliens 50 en 1987 y traducida al inglés y al español. Sigue siendo una referencia obligada no sólo durante el Noviciado, sino también a lo largo de nuestra vida, como alimento y guía de nuestra manera lasaliana de

buscar a Dios, el Dios de Jesucristo que quiere “*que todos tengan vida y la tengan en abundancia*” (Jn. 10,10). Conscientes de que nuestra oración “*ocupación interior y aplicación del alma a Dios*” (EMO 1) es inseparable de nuestro compromiso histórico con la persona humana.

Nuestro Método de Oración.

Una de nuestras mayores riquezas espirituales es el Método de Oración que nos dejó el Fundador, no tanto por la estructura que nos ofrece sino por las grandes intuiciones que encierra y que pueden iluminar nuestro itinerario espiritual a condición de que las hagamos nuestras.

Penetrarnos de la Presencia de Dios.

Para el Fundador no hay oración que no parta de una Presencia. “*Lo primero, pues, que debe hacerse en la oración es penetrarse interiormente de la presencia de Dios*” (EMO 3). Pienso que ésta es la primera y más importante de las intuiciones lasalianas de la oración y la que más ha enriquecido mi propia oración.

Si tomamos distancia de las actividades y relaciones habituales no es para encerrarnos en nosotros mismos en una introspección narcisista sino para ir al “*fondo*”, al “*corazón*” para el encuentro con Dios, y el encuentro con nosotros mismos por encima de los

personajes; esto nos permitirá, desde la fe, ver mejor lo que hacemos, purificar las motivaciones ambiguas, renovarnos en una entrega más desinteresada y gratuita como la de Dios. Si Paulo Freire nos invita a tomar distancia de vez en cuando del quehacer pedagógico para poder volver a él renovados, gracias a la profundidad de una reflexión personal, ¿no será esto también, normal en nuestro ministerio?

Lo que pretenden los nueve actos de la Primera Parte es prolongar el diálogo con Dios. El profundizar la relación entre un Dios siempre presente que toma la iniciativa y se revela como Dios salvador y misericordioso, y entre un hombre que reconoce su pequeñez y sus limitaciones y que en Cristo Jesús acepta ser amado y salvado. En este sentido decía Gabriel Marcel que *orar es aceptar ser amado*.

La oración es diálogo y no podría ser de otro modo. Diálogo de amor con Dios en el que Él tiene la iniciativa. El Fundador nos invita a una presencia siempre viva, a penetrarnos de un Dios siempre presente. De hecho, a medida que crece el amor, la oración se convierte en la simple atención amorosa al Dios presente. Es la presencia cálida de los que se aman y se comunican a un nivel de interioridad sin necesidad de palabras y gestos. Ponerse en la presencia de Dios no es recordar una teoría, es reconocer el paso de Dios en nuestra historia. No se trata de una evasión o de un aislamiento individualista, porque el Dios

Viviente me alcanza a mí, en mi historia personal y me invita a colaborar en su “obra”, lo que significa en primer lugar, ser testigo e instrumento, sacramento de su amor.

Al igual que el Fundador, debemos considerar a Dios, más que como trascendencia, como transparencia, que se revela en el mundo, en los acontecimientos, en nuestra historia, en el hermano o hermana, en el pobre. El encuentro con Dios en la persona de Jesús: “*Nadie va al Padre sino por mí*” (Jn. 14,6), es inseparable del encuentro de Jesús en la persona del hermano: “*Cuanto hicisteis a uno de estos hermanos míos más pequeños, a mí me lo hicisteis*” (Mt. 25,40). Dios presente en la creación, nos invita a continuarla; Dios presente en nuestro yo más íntimo y en nuestros hermanos y hermanas, nos invita a creer en la dignidad humana y a crear comunidad; Dios presente en la Iglesia nos invita a construirla, presente en la Eucaristía, a continuar su entrega.

Contemplar el misterio de Jesús.

En la segunda parte del Método de Oración, lo que podemos llamar el cuerpo de la oración, el Fundador quiere que contemplemos a Jesucristo en el Evangelio, para que el ejemplo de su vida y sus enseñanzas nos ayuden a transformarnos en Él. Es una invitación a contemplar a Jesús como nuestro Camino, Verdad y Vida.

En el fondo, la persona, actitudes, palabras, acciones de Jesucristo son el tema único de la oración del Hermano. Por eso el Evangelio es nuestro primero y principal libro de oración. En definitiva, se trata de tomar en serio la humanidad de Jesús centrándonos en los acontecimientos de su vida y prolongándolos en la nuestra. Esto es lo que el Fundador entiende por “*espíritu del misterio*”: la contemplación de Jesucristo, que por su espíritu vive y crece en la relación del Hermano con sus discípulos, con sus Hermanos, con las personas con las que se relaciona. La Palabra de Dios, el misterio de Jesús contemplado en la oración, debe transformarse en palabra vivida y actualizada. El Jesús ante los ojos y en el corazón, de la escuela sulpiciano, sólo tendrá autenticidad si termina siendo Jesús en las manos.

Por eso podemos decir que la oración lasaliana tiene como coordenadas la Realidad y la Palabra de Dios. Se trata de leer la realidad a la luz de la Palabra. La Regla nos dice que debemos encontrar en la Sagrada Escritura, la fuente primordial de nuestra oración, que cada día debemos leer y meditar la Palabra de Dios: “*Cada día leen y meditan la Palabra de Dios*” (R. 67). En este sentido Karl Barth decía que los dos principales libros de oración del hombre de hoy deben ser la Biblia y el periódico, y en América Latina se ha hecho popular el decir que debemos rezar con un oído en el Evangelio y el otro en el pue-

blo. Esto que nos parece tan actual es ya parte de nuestra rica herencia lasaliana.

La Palabra de Dios debe ser “*la ración de cada día*” (Ex. 16,4), que nos nutre, nos permite conocer mejor a Dios y su Voluntad, y nos permite integrar mejor nuestra propia identidad. La oración inspirada en la Palabra que la Liturgia nos presenta cada día es un elemento unificador de nuestra espiritualidad. Por la mañana nos dejamos penetrar por la Palabra como el campo se deja penetrar por la lluvia; reactualizamos como María el misterio de la Encarnación, el Verbo se hace carne en nosotros y después como María en la Visitación lo llevamos a los demás. La Palabra meditada debe convertirse en Palabra compartida.

La Iglesia nos invita hoy a compartir no sólo con nuestros Hermanos sino también con otros miembros del Pueblo de Dios la lectura orante de la Escritura: “*La meditación **comunitaria** de la Biblia tiene un gran valor. Hecha según las posibilidades y las circunstancias de la vida de la comunidad, lleva al gozo de compartir la riqueza descubierta en la Palabra de Dios, gracias a la cual los hermanos y las hermanas crecen juntos y se ayudan a progresar en la vida espiritual. Conviene incluso que se proponga esta práctica también a los otros miembros del Pueblo de Dios, sacerdotes y laicos, promoviendo del modo más acorde al propio carisma escuelas de oración, de espiritualidad y de lectura orante de la Escritura,*

en la que Dios “habla a los hombres como amigos, trata con ellos para invitarlos y recibirlos en su compañía” (V.C. 94). Ésta sería otra forma muy concreta de compartir nuestro carisma.

La realidad se nos presenta bajo una doble forma: naturaleza e historia. El Fundador casi no toca en sus escritos el tema de la naturaleza. Pero al invitarnos a mirarlo todo con los ojos de la fe, implícitamente, nos invita a descubrir a Dios en sus criaturas. Debemos estar muy abiertos a las maravillas de Dios en la naturaleza y a las gestas de Dios en la historia. Como nos dice el Hermano Noé Zevallos: *“Mirar todo a la luz de la fe es mirar la economía, la política, la sociología, los problemas mundiales, lo leído en los periódicos... todo a la luz de la fe. Mirar todo es encontrar en todo la presencia de Dios también a través de su ausencia. Por lo tanto para ser testigos del Señor en este mundo que lo abandonó, que no lo necesita, debemos presentarnos en medio de los hombres como si hubiésemos visto al Invisible”* (Vayan y Evangelicen, pág. 17).

Encarnar en la vida lo contemplado en la oración.

El Dios descubierto en el fondo del corazón es el Dios de la historia de la salvación, el Dios de Jesucristo. En su presencia hemos confrontado nuestra propia existencia con las exigencias de su misterio.

rio, manifestado en Jesús. Ahora se trata de volver a la existencia, ya que la oración pretende desembocar en la vida y esto de una manera muy concreta: con resoluciones “*presentes, particulares y eficaces*” (EMO 75).

Lo importante es proseguir la oración en el corazón de la vida, para lo cual el Fundador nos da también medios muy concretos como el recuerdo de la Presencia de Dios a lo largo de la jornada, para reavivar el fuego encendido en el fondo del corazón cada mañana; o el uso frecuente de jaculatorias: “*de hecho, en ciertos momentos puede surgir espontáneamente de los labios del hombre y en el corazón mismo de un acontecimiento que está viviendo un grito hacia Dios, grito de gozo, grito de angustia, grito de confianza, grito de fidelidad. Esta “flecha” hacia Dios brota del “fondo” de una relación de amor*” (Campos, Sauvage, *Explicación del Método de Oración*, pág. 434), haciendo de la Palabra de Dios, el principio dinámico e inspirador de toda nuestra existencia.

Así, la oración puede culminar en un acto de ofrecimiento, no sólo de las resoluciones sino de toda la existencia: “*Ofrézcome también a mí mismo a Vos, joh, Dios mío!, con todas mis acciones y toda mi conducta durante el día*” (EMO 121). Es nuestra liturgia del corazón, el culto agradable a Dios, nuestra misa cósmica, prolongada en la historia de cada día,

con el único deseo de cumplir la voluntad de Dios y su proyecto salvador. “*Dignaos aceptar, os suplico Dios mío, el deseo que tengo de agradaros a Vos sólo, y de glorificaros perfectamente, cumpliendo incesantemente vuestra santísima voluntad*” (EMO 121). De esta manera, nuestra oración se identifica con el dinamismo interior del Padre nuestro, la oración cristiana por excelencia: Padre, venga tu Reino.

No quisiera terminar esta parte de la Carta sin hacer una alusión muy sentida a nuestros Hermanos mayores. Muchos de nosotros aprendimos a orar gracias a ellos, y para muchos Hermanos siguen siendo testimonio vivo de la importancia de la oración en la vida de cada día. Creo que hoy siguen teniendo un papel muy importante que desempeñar gracias a su fidelidad, a su experiencia y a la sabiduría que dan los años. Los invito a que sigan ayudándonos a vivir con mayor autenticidad nuestro encuentro con Cristo; a que sigan acompañando a muchos jóvenes en sus búsquedas espirituales y de sentido, a que prolonguen su vida apostólica siendo “*maestros de oración*” y a que sean intercesores en favor de nuestro Instituto, de las vocaciones y de las necesidades de nuestro mundo.

Les recuerdo también lo que nos dice el Fundador, en los Deberes del Cristiano, al presentarnos las distintas formas de orar a Dios de corazón: por silencio, por pensamientos, por afectos, por accio-

nes..., para terminar diciéndonos, “*pero uno de los mejores modos de orar a Dios de corazón es orar por sufrimientos, y esto se hace cuando se soportan con paciencia las penas que Dios envía, con intención de honrarle o de procurarse algún provecho, sea espiritual, sea temporal*” (Cahier Lasallien 20, págs. 473-474).

Nuestra vida litúrgica.

La Eucaristía.

Aunque la Regla afirma que la Eucaristía debe animar la vida toda de los Hermanos (R. 70) muy a menudo, me parece y he oído comentar a otros Hermanos, la hemos convertido en un ejercicio de piedad más. Sin embargo, la Eucaristía es una celebración que expresa y alimenta cada día, (expresión típicamente lasaliana para señalar qué es lo más importante) los valores de nuestra vida consagrada. Es una invitación a revivir sacramentalmente los lazos de nuestra fraternidad; a escuchar la Palabra de Dios y dejarnos interpelar por ella; a sintonizar con la actitud sacrificial de Cristo; a renovar el compromiso de servicio y misión que el Señor nos ha confiado.

En primer lugar la Eucaristía **construye nuestra comunidad**. Hay una relación muy estrecha entre Eucaristía y fraternidad. San Pablo decía a los cristianos de Corinto: “*Aún siendo muchos formamos un*

solo cuerpo porque comemos un mismo pan” (1Cor. 10,17). Claro que la fraternidad debe existir ya antes de la celebración, al menos, una actitud inicial de fraternidad, con todas sus limitaciones y ambigüedades. Pero el celebrar la Eucaristía en común da a esa voluntad un estímulo y un alimento. Vivir en comunidad no es fácil. La fraternidad religiosa es un camino más que un punto de partida, es algo que se **“construye”** (R. 49). La comunidad es siempre imperfecta, pero consta de personas que aprenden cada día, comulgando con Cristo a ser más Hermanos.

En la Eucaristía la Palabra nos educa a diario, porque como nos dice el Fundador *“no se aprende a hablar a Dios sino escuchándole”* (Med. 64,2). La Eucaristía es lugar de la escucha de una Palabra que nos permite mirarnos en el espejo de Cristo, que nos convierte de nuestras actitudes no evangélicas, que nos invita a identificar nuestra voluntad con la de Dios. *“Como enseña la tradición espiritual, de la meditación de la Palabra de Dios, y de los misterios de Cristo en particular, nace la intensidad de la contemplación y el ardor de la actividad apostólica”* (V.C. 94).

El carácter sacramental de la Palabra, hace a Dios presente, no sólo de una manera personal e íntima sino como una presencia que nos asigna un lugar en la historia de la salvación. La Palabra de cada día en la Eucaristía nos convierte en parte de la gran histo-

ria de la salvación. Nuestras pequeñas historias son integradas en la historia salvífica de Dios.

La Eucaristía no sólo es signo eficaz de la entrega de Cristo en la cruz, de su muerte redentora, es también **un signo, un sacramento de nuestra propia entrega**. *“En ella cada consagrado está llamado a vivir el misterio pascual de Cristo, uniéndose a Él en el ofrecimiento de la propia vida al Padre mediante el Espíritu”* (V.C. 95). Nuestra vida diaria con sus momentos de felicidad y de dolor, se hace sacramento en la Eucaristía. A medida que entramos en comunión con Cristo Siervo, nos hacemos nosotros también servidores. En la Plegaria Eucarística III se pide que lo que celebramos nos vaya convirtiendo en *“ofrenda permanente”*. Ésta es también la visión del Fundador al pedir a cada Hermano, en el momento del Ofertorio: *“unirse con el sacerdote y con Jesucristo mismo, para ofrecerle, como una víctima que le sea enteramente consagrada, su cuerpo y sus sentidos, sus inclinaciones y sus pasiones...”* (Colección de varios Trataditos, Cahier Lasallien 15, pág. 72).

Estamos llamados, finalmente, a **prolongar el misterio eucarístico**, de entrega y donación, para la vida del mundo. *“El pan que yo les voy a dar, es mi carne por la vida del mundo”* (Jn. 6,51). En la Eucaristía, nos dice la Declaración, los Hermanos renuevan *“la disponibilidad constante para servir a los jóvenes a*

quienes son enviados” (D. 20,10). No debemos olvidar que la fe cristiana nos invita a salir del templo, a salir de nosotros mismos para encontrarnos con el hombre herido a la orilla del camino. El Hermano debe encontrar a Dios en la Eucaristía, pero también en los niños y jóvenes, especialmente los pobres, bajo la fragilidad de humildes signos como los del pan y el vino.

La Eucaristía debe tener para nosotros una proyección apostólica fundamental. *“La comunidad reunida para celebrar la Eucaristía recobra vigor y consolida su unidad por el don del Espíritu. Está llamada a experimentar en la vida cotidiana y a reforzar por la práctica, la fuerza de curación, de reconciliación, de soporte mutuo, de puesta en común de las energías con vistas al crecimiento del Reino”* (Campos, Sauvage, *Explicación del Método de Oración* p. 119).

El final de la Eucaristía no es la Comunión, sino la Misión. Podemos decir, como nos invita Henri Nouwen en varios de sus escritos, que la dinámica que brota de la Eucaristía va de la comunión a la comunidad, y de ésta al ministerio. Nuestra experiencia de comunión –como a los discípulos de Emaús– nos envía primero a nuestros Hermanos para compartir con ellos nuestras historias y construir con ellos un cuerpo de amor. Luego como comunidad podemos salir en todas las direcciones y llegar a

toda la gente con el corazón en ascuas y con los ojos y oídos bien abiertos.

La Liturgia de las Horas

Otro momento privilegiado de nuestra oración litúrgica es la celebración de las Horas, a la que nos invita la Regla: *“Los Hermanos se congregan al menos por la mañana y por la tarde para celebrar la Liturgia de las Horas, unidos a la alabanza y a la intercesión permanente de la Iglesia. Pueden también organizar otras formas de oración que expresan la vida de la comunidad”* (R. 71). Esta oración debe ser para nosotros alimento de nuestra fe y espiritualidad, e impulso para nuestra entrega apostólica.

Por una parte, la Liturgia de las Horas nos permite experimentar la presencia del Señor resucitado a quien nos unimos con toda la Iglesia para presentar nuestra oración al Padre; por otra, nos va educando en una actitud de admiración y meditación gozosa de sus obras y, al mismo tiempo, con su ritmo de luz y oscuridad, mañana y tarde y la oración sálmica que recoge los sentimientos y experiencias que marcan la aventura humana, introduce nuestra historia personal y comunitaria en el plan salvífico de Dios.

Las **Laudes**, al iniciar nuestro día, nos recuerdan que al término de la noche con su oscuridad, la

historia continúa y la vida nos abre a una nueva aventura. Es una invitación a comenzar de nuevo y por eso dirigimos nuestro primer pensamiento a Dios, cantándole nuestra alabanza con el optimismo del primer amanecer de la creación: “*y vio Dios que las cosas eran buenas*” (Gén. 1,18). Pero tenemos todavía otro motivo mayor para comenzar nuestra jornada con la oración. En la aurora del domingo de Pascua, Jesús resucitó y desde entonces la presencia entre nosotros de Jesús siempre joven, simbolizada por la luz de la mañana, es un acto de fe que ilumina, da sentido a nuestra historia y nos invita a vivir como hijos de la luz desarrollando las cosas buenas que hay en el mundo.

Las **Vísperas**, al caer de la tarde, despiertan en nosotros una serie de sentimientos que presentamos al Señor. La satisfacción por la jornada que termina, que se transforma en acción de gracias y alabanza, con María, porque el Señor ha estado con nosotros y ha hecho en y a través de nosotros cosas grandes. Al mismo tiempo podemos experimentar un sentimiento de inquietud y de arrepentimiento, porque no siempre hemos respondido al proyecto salvador de Dios y reconocemos nuestras incoherencias y debilidades. El día que termina, nos dispone, también, a una visión sapiencial de la vida, recordándonos su caducidad pero invitándonos a poner nuestra confianza en Cristo, luz que no conoce ocaso.

CONCLUSIÓN

Personalmente pienso que una de las características más ricas de nuestra oración lasaliana es su carácter apostólico. Nuestra espiritualidad es una espiritualidad unificadora porque es el mismo Espíritu el que nos consagra como Hermanos y el que mueve el corazón de los jóvenes a los que educamos. Por eso no podemos separar la Explicación del Método de Oración de las Meditaciones para el tiempo de Retiro. El Fundador tiene numerosos textos en sus meditaciones que nos invitan a vivir una tensión vital y dinámica entre oración y misión. Quisiera señalar solamente el siguiente: *“Así, cuando os suceda encontrar alguna dificultad en la dirección de vuestros discípulos –pues habrá algunos que no aprovechen vuestras instrucciones y en quienes notéis cierto espíritu de libertinaje–, recurrid sin titubear a Dios, y pedid insistentemente a Jesucristo que os anime con su Espíritu, puesto que os ha escogido para realizar su obra”* (Med. 196,1).

No podemos, por consiguiente, separar en nuestras vidas estas dos dimensiones. De lo contrario nos convertiríamos en una sociedad filantrópica, que sin duda haría mucho bien, pero que sería incapaz de hacer visible el Evangelio de Jesús que da sentido a nuestras vidas. Es triste escuchar a veces que los dos temas que acaparan hoy el mayor interés y preocupación de los religiosos son el dinero y el envejeci-

miento. Nada más opuesto a un auténtico celo apostólico que el pensar que debemos dejar de lado la oración para tener más tiempo para nuestro servicio a los demás. Es éste precisamente el que debe despertar en nosotros la necesidad de la oración. Es más, nuestra oración nunca debe tener una finalidad exclusivamente privada, siempre tiene que estar abierta a las necesidades del mundo. Me parece muy significativo, al respecto, lo que nuestro Fundador nos dice en otra de sus Meditaciones: *“Pues tenéis ejercicios que se han establecido para vuestra propia santificación; con todo, si sentís celo ardiente de la salvación de los que estáis encargados de instruir, no dejaréis de hacerlos sino que los encaminaréis a esta intención”* (Med. 205,2).

Quisiera añadir una palabra sobre la dimensión personal y la dimensión comunitaria de la oración. Pienso que aquí se trata también de una tensión dinámica que debe tener en cuenta e integrar ambas formas de oración. Hemos dicho que nuestra oración personal es única e irrepetible porque brota de una persona con un nombre propio, pero a la vez tenemos un apellido común pues hemos unido libremente nuestras vidas a una comunidad que se inspira en la espiritualidad y en los valores lasallistas. Debemos crecer en ambos sentidos. La Regla nos pide que la comunidad favorezca el ambiente y las condiciones necesarias para la oración personal de sus miembros, y, al mismo tiempo, organice de la mejor manera la oración comunitaria.

Me parece que el problema se da cuando reducimos la oración comunitaria a una serie de ejercicios que hay que cumplir. En este caso la oración personal, al no estar programada y brotar únicamente del corazón y del encuentro gratuito con Dios, fácilmente desaparece del horizonte de nuestros intereses y la oración comunitaria se convierte en una carga que debemos llevar. Y sin embargo, como dice el Hermano Larry Schatz: *“La forma de nuestra oración no es tan importante cuanto el hecho de que los Hermanos nos reunimos para orar. Rezar juntos es un apoyo esencial en nuestra vida de Hermanos... Deseo ansiosamente el tiempo de la oración comunitaria, por el gran sentido de apoyo y paz que me da el saber que, juntos, estamos centrados en Dios”* (Brothers, pág. 20).

La Regla prevé que podamos abrir nuestra oración comunitaria a otras personas. Pienso que esto haría más visible a los demás esta dimensión de nuestras vidas, que a veces pasa oculta, pero además sería una ocasión de compartir nuestra espiritualidad y de enriquecernos con la espiritualidad de los demás. Quedé muy impresionado, en una visita que hice a Lyon antes del Capítulo General de 1993, por un aviso que estaba en una de las puertas de la capilla de los Hermanos que da al patio de los alumnos en la Montée des Carmes y que decía: Los Hermanos nos reunimos para orar a tales y tales horas, si deseas participar con nosotros estaremos muy contentos de acogerte.

El Fundador nos invita a terminar cada día nuestra oración acudiendo a María, poniendo bajo su protección lo que hemos *hecho, concebido y resuelto* (EMO 122). En una palabra, se trata de mirar a María para continuar con ella la obra salvífica. Por eso en una de sus meditaciones marianas más hermosas nos pide dejarnos penetrar, como María, por la Palabra de Dios y comunicarla a los otros de manera que nos “*convirtamos por su intercesión en tabernáculos del Verbo de Dios*” (Med. 191,3). Esto, Hermanos, es lo que pido al Señor, por intercesión de María al terminar esta Carta.

Si la Eucaristía, como hemos visto, no es un ejercicio de piedad sino una vida, nuestra relación con María no debe ser una mera devoción sino una manera concreta de vivir el Evangelio como ella lo hizo, desde la sensibilidad femenina de acogida, profundo amor, entrega, desinterés y gratuidad. Como nos dice Paulo VI: “*Ante todo, la Virgen María ha sido propuesta siempre por la Iglesia a la imitación de los fieles no precisamente por el tipo de vida que Ella llevó y, tanto menos, por el ambiente sociocultural en que se desarrolló, hoy día superado casi en todas partes, sino porque en sus condiciones concretas de vida, Ella se adhirió total y responsablemente a la voluntad de Dios; porque acogió la palabra y la puso en práctica; porque su acción estuvo animada por la caridad y por el espíritu de servicio; porque,*

es decir, fue la primera y la más perfecta discípula de Cristo: lo cual tiene valor universal y permanente” (Marialis Cultus, 35).

Fraternalmente en de La Salle

A handwritten signature in black ink, reading "Sr. Álvaro Rodríguez Echeverría". The signature is written in a cursive, flowing style.

Hermano Álvaro Rodríguez Echeverría
Superior General

